SISOGUICHI

IMPRESIONES DE VIAJE POR CHIHUAHUA

POR EL DR. E. BRONDO WHITT

Con comisión del nunca bien ponderado como se debe, Dr. Raúl Torres Ondovilla, me encontré en noviembre del año pasado en San Juanito, sobre el ferrocarril del Kansas. Vínome un día la idea de ir a Sisoguichi a visitar el en otros tiempos famoso Convento de Jesuitas. Contraté una "cucaracha" y emprendí la ruta hacia hallá. Resbalando y saltando por las asperezas de la serranía, nos encontrábamos al paso risueñas casuchas hechas de troncos de pino, habitadas por gente semicivilizada: veíamos aldeas desde donde se atisbaba nuestro auto, valiente y traga-leguas; veíamos chozas que dominaban tierrucas de labor y valle-cillos donde bestias caseras y bravías gozaban de su agreste libertad.

Siéntese al tránsito la impresión de irse alejando para siempre del mundo, ya que las casuchas y los hombres se vuelven cada vez más salvajes, y el bosque se torna más silente y hostil. En aquellas cumbres parece vivir un viento suave sobre las copas de los pinos.

De cuando en cuando discurren por las vertientes, a campo traviesa, individuos de bronce, armados de arco, casi desnudos, de continente altivo y melena corvídea. Un brincar interminable en el bravo armatoste; un saltar por la carretera inculta, capaz de deshacer el empacho al intestino más empedernido, y luego el valle se despeja, la vejetación se suaviza, y se ve a lo lejos el caserío blanco de Sisoguichi.

El padre Galván nos recibe gentil y bondadosamente. Entramos a la Iglesia donde hay dos o tres cuadros que a nuestro criterio pictórico parecen de mérito: Dos santos...¡vaya, mi memoria! Pedro del Brasil (?) bautizando a los indios; Ignacio Loyola: el temible general de la Compañía de Jesús; y viene a mi mente un recuerdo que no se lo comunico al padre Galván: un biógrafo de Loyola refiere que una vez, pasando éste junto a cierto individuo, el individuo se quedó observándolo, y después de atento examen dijo: Muera yo quemado si éste no es digno de la hoguera.

Por supuesto, que siendo partidario de Loyola el biógrafo, hizo de modo que el blasfemo se quemase.

Después de ver la iglesia, entramos al Convento, adyacente a aquella. He aquí el botiquín y algo de librería; botiquín del que se sirve el padre Galván para sus curaciones siempre gratuitas, y que lo obligan a veces a expedicionar por los pueblos. Un corredor celdas vacías, un patio con unos manzanos de Cuiteco, comedor con sillas y vajilla, pero sin frailes; una celda o cuarto de estudio del padre Galván. Allí fumamos el obligado cigarrillo y platicamos largamente. Sobre la mesa el inevitable crucifijo y el Loyola; un diminuto y artístico re-

CERVEZA

¡DELICIOSA!

BAÑOS Y PELUQUERIA
EL "PARAISO"
BENIGNO PEREZ
1A. NICARAGUA 23
SERVICIO ESMERADO
Vapor, tibio y regadera tibia